

## ROSALIA Y LA NOSTALGIA DEL PARAISO (ROSALIA EN AMERICA)

EDMUNDO MOURE ROJAS  
Lar Gallego, Santiago de Chile

*A mi padre, gallego, hombre de la tierra.*

### Introducción

Comienzo por agradecer al Consejo de Cultura Gallega, a la Universidad de Santiago, y a quienes hicieron posible este magnífico Congreso que ha servido, sin duda, para estrechar lazos fraternales en torno al poeta mayor de Galicia.

Agradezco al espíritu de Rosalía, que vive muy particularmente entre los aldeanos, pescadores y marineros de esta tierra, y atraviesa a menudo el océano para convocarnos al rito entrañable de palpar los orígenes.

Suele suceder que, en la enorme distancia de finisterre a finisterre, idealicemos a Galicia, no a la usanza de los tópicos románticos, sino con el viejo y sabio escepticismo gallego, que nos hace decir hoy, parodiando a Jorge Luis Borges: “los únicos paraísos que existen son los paraísos perdidos”.

Y es que los hombres, y entre ellos tal vez con más fuerza los poetas, necesitamos, más allá de toda fatalidad, un reino extraviado para nuestra incurable nostalgia.

De esto les hablaré en mi trabajo, “Rosalía y las nostalgias del paraíso” (Rosalía en América), que pretende coligar la nostalgia rosaliana con la morriña de un pueblo secularmente exiliado.

“Rosalía estaba en nós, os alonxados.  
Sin querer falar do dobre fío da saudade,  
sóio diremos que a saudade é a dinámica  
da emigración.”

Eliseo Alonso

En presencia de numerosos paisanos inmigrantes de la colectividad de La Habana, Roberto Novoa Santos (1885-1933), el sagaz médico e investigador gallego, expresa, en una conferencia dictada en el Centro Gallego de la capital de Cuba:

Quedó allá un fragmento de vuestra personalidad y sentís la falta de ese fragmento —pedazo de espíritu que es anaco de entraña, de carne viva—, como siente el mutilado la ausencia del miembro arrancado por la metralla. (1)

(1) Luis Moure Mariño, *Temas Gallegos*, Espasa Calpe, Madrid, 1979.

Y más adelante, Novoa Santos se extiende en precisas consideraciones acerca de ese sentimiento de la lejanía que, en castellano, decimos nostalgia, vasta acepción que abarca lo terreno y lo metafísico.

En Galicia, se utiliza dos términos de parecida significación, pero con matices y connotaciones inequívocos: saudade y morriña; este último es puramente galaico, empleado para aludir al espacio terrestre que nos falta, como parte esencial de nuestro ser que hubiese sido desmembrada.

Pero la intuición de los poetas será antes que el análisis histórico o las interpretaciones antropológicas. Es el misterio de la poesía: su rara lucidez previa a las palabras; sustrato que pervive en las antiguas razas, caracterizando una particular visión del ser y del cosmos.

Cando a mediados do século V os anglosaxóns invadiron o sur de Inglaterra, os Celtas bretóns tiveron que buscar unha nova terra. Uns foron para Armórica (Francia), os outros viñeron para a costa septentrional de Galicia. Trouxeron con iles o que tiñan: o gando, os mortos, a súa música, o seu estilo de vida, e unha organización patriarcal e relixiosa... Na verde Galicia, que lles recordaba os campos da súa terra, atoparon o fogar e unha nova patria... (2)

¿Cuándo comienza, en verdad, el éxodo? No lo sabemos, pero persiste en el inconsciente colectivo, como indeleble huella de remotas migraciones, y lo hemos traducido por la sensación universal de la nostalgia edénica, insatisfechos exiliados del jardín inmemorial...

Hace ya muchos años, pregunté a mi padre —gallego nacido al sur de Lugo— ¿qué es la nostalgia? Estábamos en el pequeño huerto del patio trasero de nuestra casa, en Santiago de Chile. El cogió un puñado de tierra húmeda, la acercó a mi rostro y me dijo: “Huele, y piensa en lo que más amas como si estuviera al otro extremo del mundo”.

Pasaría bastante tiempo antes de que yo pudiera comprender aquella sencilla y honda imagen agraria. Después, surgiría otra palabra, única en lengua gallega, “morriña”, que no es sino el dolor de la Tierra perdida en la nebulosa infranqueable y, al mismo tiempo, realidad anímica y sensorial que asume los rasgos concretos de una casa de piedra engalanada por la llovizna.

Este sentimiento del desarraigo se encarna, a temprana edad, en Rosalía de Castro. Condición de exiliada en su propia patria; consecuencia de su nacimiento entre las sombras del pecado social, marcará su poesía con sonidos de vieja angustia, ya pulsados secularmente en el espíritu de los suyos.

Escindida por el drama de su concepción, Rosalía intuirá, antes que Freud, las heridas (traumas, dirán los sicólogos) que marcan al ser desde la etapa embrionaria, recibiendo la carga síquica de sus progenitores, y los influjos de un medio azotado por duros conflictos emocionales. De este modo, la melancolía no constituirá en ella motivaciones de agridulce saudade, sino zozobras propias de la carencia de un paraíso extraviado en la noche de los tiempos: quebranto inherente al espíritu humano, dolor

(2) X.R. Barreiro Fernández.

de vivir lo imperfecto y precario de la existencia, donde los atisbos de la belleza serán acicates de un hambre mayor que no conocerá saciedad.

Todos sospiran, todos,  
por algún ben perdido.  
Eu sô non digo nada,  
eu sô nunca sospiro,  
qu'ò meu corpo de terra,  
y o meu cansado esprito  
a dondequer qu'eu vaya  
van conmigo (3)

La perenne bruma de Galicia, su paisaje a la vez ubérrimo y difuso, la lluvia leve y persistente, contribuirán a acrecentar en Rosalía una tristeza que se nutrirá con la proximidad de la muerte; presencia viva y cotidiana del ancestral fatalismo celta, cuyos resabios sólo ha logrado atenuar la religión católica, entre los cotos, a menudo débiles, del comportamiento social.

En el subconsciente de la poetisa pena su orfandad de "hija del amor", concebida en el misterio de una atracción asaz prohibida, en la que se confabularon, para la mentalidad de la época, dos estigmas: el ultraje a la dama y la profanación religiosa. El "ubi sunt" nacerá pues, en Rosalía, a partir de la añoranza de caricias maternas que, por serle esquivas y fugaces, arraigarían con mayor fuerza en su estro hipersensible; y, también, por causa de ese abismo de silencio que será la falta de padre.

Su nostalgia se transformará, poco a poco, en avidez de absoluto, que nos hace evocar a otra gran "nostálgica", Santa Teresa de Avila. Es un volver la mirada hacia un estado perfecto que se gozó en el reino originario, "leit motiv" de las utopías volcadas al pretérito que va haciéndose, en la poetisa gallega, dolor irreparable, pues su fe trascendente no logrará mitigar el ansia de sus amores terrenos: ansia que trasunta esa dicotomía básica del ser gallego: angustia existencial, dolor de vivir, por una parte; poderoso vitalismo terrestre de raza fuerte y activa, por otra.

Xa nin rencor, nin desprezo,  
xa nin temor de mudanzas;  
tan sô un-ha sede..., un-ha sede,  
d'un non sei qué, que me mata.  
Ríos d'á vida, ¿ónde estades? (4)

Su universalidad trasciende los límites de la aldea. Su localismo arraigará, identificándose admirablemente, con el sentir de campesinos y marineros, con los anhelos y necesidades concretas de sus hermanos y, muy en especial, con el emigrante, quien personificará a Galicia durante siglos como figura épica, y que aún hoy ejerce su influjo por la lejanía y la ausencia.

Galicia, a mediados del siglo XIX, es tierra pobre: país de desheredados que bus-

(3) Rosalía de Castro, *Follas novas*, Libro I, *Obras Completas*, Aguilar, Madrid, 1944.

(4) Rosalía de Castro, *ibid.*

can, en remotos espejismos, el sueño del escurridizo bienestar. El éxodo se hace permanente. Barcos llenos de emigrantes cruzan el océano. Van en pos de mejores días, hacia las míticas comarcas americanas que tienen ya nombres conocidos, onomatopéyas de una promesa dorada: La Habana, Río de Janeiro, Montevideo, Buenos Aires, Santiago de Chile. Aquellos seres llevan en sí una luz de esperanza —cálida “lume do lar”—, pero también el temor, hecho casi certeza, de no retornar jamás al terruño nativo.

Vendéronll'os bois,  
vendéronll'as vacas,  
o pote d'o caldo  
y a manta d'a cama  
.....  
Galicia está probe  
y a Habana me vou...  
¡Adiós, adiós, prendas  
d'o meu corazón! (5)

Innúmeras generaciones quedarían marcadas por el sino de la emigración, estimulando en el gallego un pesimismo que tiende a sublimarse en fina ironía elíptica, o tremola en secreta pero latente “morriña”, presta a resurgir como expresión melancólica de un pueblo forjado en el infortunio, que siempre recuerda, al decir herido de Castelao:

O único que podemos lembrar é a Terra, desvencellada do tempo e dos mesmos homes que a cobren; porque a Terra, e, despóis, uns anaquiños de eternidade que aínda xacen nos limos da concencia labrega e mariñeira. O demais é palla morta (6).

Sin embargo, el gallego es trabajador infatigable y silencioso. El empuje tesoro de los emigrantes les llevará a formar sólidas y prósperas comunidades en la América del Sur, siempre con el pensamiento puesto en Galicia, buscando recrear sus costumbres, que asumirían, fundamentalmente, las expresiones del canto y la danza, y, en la intimidad, los abundosos ritos de la cocina galaica.

Lejos de su patria, estos gallegos comprenderían mejor sus propios valores culturales, con una sensibilidad presta a colaborar con los creadores de la Península, reconociéndoles méritos incluso antes que sus connacionales de ultramar. Así lo experimentaron: la propia Rosalía; Curros Enríquez, más tarde; y el fogoso Castelao, cuyas obras fueron bien acogidas por sus hermanos en América.

En la época de Rosalía, los Centros Gallegos mejor desarrollados fueron los de La Habana, Montevideo y Buenos Aires, que aportaban generosa y constantemente al financiamiento de numerosas actividades benéficas que se llevaban a cabo en Galicia, estableciendo un puente cuyo fluir no fue interrumpido ni siquiera por los avatares políticos o las veleidades diplomáticas. Y es que la sensibilidad del emigrante,

(5) Rosalía de Castro, *Follas novas*, Libro V, *Obras Completas*, Aguilar, Madrid, 1944.

(6) Alfonso Castelao, *Sempre en Galiza, Obra Completa*, Ake! Editor, 1980.

estimulada por el espacio físico del “gran charco”, les hacía ser entrañablemente gallegos. Así, *En las orillas del Sar* se editó, en su segunda edición, primero en Buenos Aires, hecho que hoy nos parece un verdadero símbolo de ese amor robustecido en la remembranza. *Follas novas*, fue dedicado por Rosalía a la “Sociedad de Beneficencia de los naturales de Galicia en La Habana”, entidad de la que era socia honoraria.

En estas agrupaciones, abuelos, padres, hijos y nietos escucharon y leyeron los poemas de Rosalía, estableciéndose esa correspondencia que pocas veces se logra entre un creador y sus destinatarios. El poeta volvía a ser la voz de la Tierra...

Su obra fue también haciéndose conocida para muchos creadores americanos, entre quienes campeaban, entonces, Bécquer y Rubén Darío. Juana de Ibarbourou, una de las mayores poetisas de América, expresa, en 1925, su admiración por su hermana de letras gallega, destacando las novedosas aportaciones formales y, sobre todo, aquella simbiosis de su poesía con el ser gallego, al punto de afirmar: “Rosalía de Castro es Galicia hecha verso; Galicia viva, que ama, sufre y padece en las siegas de Castilla”.

En otros poetas de Hispanoamérica, la presencia de Rosalía se hace más sutil, sin referencias directas, como es el caso de nuestra Gabriela Mistral, a quien se llamó con acierto “la desterrada en su patria”. En muchos poemas de Gabriela sentimos vibrar las poderosas reminiscencias de la hija de Compostela, en un dolor que emparenta sus universos creativos:

Pienso en el umbral donde dejé  
pasos alegres que ya no llevo  
y en el umbral veo una llaga  
llena de musgo y de silencio. (7)

Ambas harán gala de hondura y de sencillez, sabias como son de alta poesía...

Lévame a aquela fonte cristáina  
onde xuntos bebemos  
as purísimas auguas qu’apagaban  
sede d’amor e llama de deseyos.  
Lévame pol-a man cal n’outros días...  
Mais non, que teño medo  
de ver n’o cristal líquido  
a sombra d’aquel negro  
desengano sin cura nin consolo  
qu’antr’os dous puxo o tempo. (8)

La única visión de la poetisa es el mar; remanso infinito de su melancolía; umbral de tantos destinos fraternos enfilados hacia lo ignoto. Por sus ondas viaja un postrer anhelo: “Mañán é o día grande, ¡a mar, amigos! / ¡Mañán, Dios nos acoche!” (9).

(7) Gabriela Mistral, *Desolación*, Editorial Andrés Bello, Chile, 1980.

(8) Rosalía de Castro, *Follas novas*, Libro V, *Obras Completas*, Aguilar, Madrid, 1944.

(9) Rosalía de Castro, *ibid.*

Al igual que Rosalía, el emigrante pensará en la muerte con una especie de saudade, hablando sin temor de su propio fin, ese viaje "derradeiro" que sueña emprender a un cementerio umbroso como el de Adina, porque se unirá así, definitivamente, a la patria rural de sus ancestros.

La nostalgia tendrá, entre estos hijos de Galicia avecindados en América, un caudal constante: el idioma gallego. En torno a la mesa familiar, las palabras brotan cálidas e íntimas; también un tanto extrañas, pues su melodiosa eufonía contrasta con la frialdad del medio urbano, ajeno a los rumores de la aldea, a esos diálogos que se hacen susurros de hojas en las ramas de "padrairos" y "carballos". Y aquí, por las voces añoradas, torna a cantar Rosalía, hecha presencia en el alma migratoria de su pueblo, recordándoles esa Tierra "que huele y perfuma como lo que más se ama".